15 – Obediencia

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***



Romanos 5: 19 = Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Creo que no se necesita nada más para dejar en evidencia lo que esta palabra significa. La versión NVI dice al respecto: ***Por uno solo que desobedeció a Dios, muchos pasaron a ser pecadores; pero por uno solo que obedeció a Dios, muchos serán declarados justos.*** ¿Quieres evangelio, es decir: buena noticia? Tú eres uno de estos que han sido declarados justos. Varón o mujer, es lo mismo. La palabra **obediencia** suele provocar reacciones encontradas. Para algunos suena a sumisión ciega, a pérdida de libertad o a imposición externa. Para otros, especialmente quienes se acercan al mensaje del Evangelio del Reino de Dios, **es una llave silenciosa que abre puertas profundas:** la del sentido, la transformación interior y la armonía con algo mayor que uno mismo. En un mundo que celebra la autonomía individual casi como dogma, hablar de obediencia puede parecer incómodo; sin embargo, quizás hoy más que nunca necesitamos redescubrir su significado, limpiarlo de distorsiones y devolverle su profundidad original. La obediencia, desde una perspectiva bíblica, no es simplemente "hacer lo que otro dice". Es, más bien, una respuesta consciente a una voz que se reconoce como verdadera, justa y orientada al bien. En ese sentido, no es contraria a la libertad; es su maduración. Una persona verdaderamente libre no es la que hace todo lo que quiere en cada momento, sino la que ha aprendido a discernir qué vale la pena querer. Y ahí es donde la obediencia deja de ser una carga para convertirse en una elección con sentido.
Si uno observa los relatos bíblicos con atención, descubrirá que la obediencia nunca es presentada como un acto mecánico, sino como un proceso que involucra confianza. No se trata de obedecer porque sí, sino porque se ha reconocido una verdad que merece ser seguida. En ese marco, la obediencia no aplasta la personalidad; la afina. **No borra la identidad; la ordena.** Y no anula el pensamiento crítico; lo orienta hacia una comprensión más amplia.
Ahora bien, llevar esta idea al terreno cotidiano implica enfrentar una tensión real: vivimos en sociedades donde muchas estructuras de autoridad han fallado. Instituciones, líderes, incluso referentes cercanos, han traicionado la confianza de las personas. Entonces surge una pregunta legítima: Obedecer, sí, de acuerdo, pero… ¿Obedecer a quién? ¿Obedecer qué? Aquí es donde la obediencia, entendida desde el Evangelio del Reino, **no se dirige primero a sistemas humanos, sino a principios.** Justicia, verdad, amor al prójimo, integridad: estos valores funcionan como brújula. No son imposiciones arbitrarias, sino fundamentos que sostienen la vida en comunidad. Desde un punto de vista social, la ausencia total de obediencia no genera libertad, sino caos. Pensemos en algo simple: el tránsito. Si cada conductor decidiera ignorar las normas porque "quiere ser libre", el resultado no sería emancipación, sino accidentes constantes. La obediencia a ciertas reglas básicas permite que todos puedan moverse con mayor seguridad. Lo mismo ocurre en niveles más profundos: sin algún tipo de acuerdo sobre lo que es bueno, justo o verdadero, la convivencia se vuelve frágil.
Pero tampoco se trata de glorificar la obediencia sin matices. La historia humana está llena de ejemplos donde obedecer sin cuestionar ha llevado a tragedias. Por eso, la obediencia que proponemos aquí no es ingenua. Es una obediencia despierta, consciente, que pasa por el filtro del discernimiento. Una obediencia que sabe decir "sí" cuando corresponde, pero también "no" cuando lo que se pide contradice principios fundamentales. En el plano personal, la obediencia tiene un impacto sorprendente. Muchas de nuestras dificultades cotidianas no provienen de falta de información, sino de falta de coherencia. Sabemos que dormir mejor nos haría bien, pero no obedecemos a esa necesidad. Sabemos que ciertas palabras pueden herir, pero igual las decimos. Sabemos que perdonar libera, pero preferimos aferrarnos al rencor. En

esos pequeños actos diarios, la obediencia se vuelve práctica: no como una imposición externa, sino como una alineación interna entre lo que sabemos y lo que hacemos. Aquí aparece un recurso concreto: el hábito de la pausa. Antes de reaccionar, antes de tomar una decisión impulsiva, detenerse unos segundos y preguntarse: "¿Esto que estoy por hacer está alineado con lo que creo que es correcto?" Puede parecer simple, incluso obvio, pero en la práctica es revolucionario. **La obediencia empieza muchas veces en ese instante silencioso donde elegimos no actuar automáticamente.** Otro recurso útil es la revisión diaria. No como un ejercicio de culpa, sino de aprendizaje. Al final del día, repasar brevemente: ¿En qué momentos actué de acuerdo a mis convicciones? ¿En cuáles no? ¿Qué puedo ajustar mañana? Este tipo de práctica fortalece la conciencia y convierte la obediencia en un proceso dinámico, no en una regla rígida. De hecho, decir este tipo de cosas con lógica y natural seriedad no significa caer en solemnidades huecas ni simulaciones pomposas. Porque, seamos honestos, muchas veces desobedecemos por razones bastante poco gloriosas: pereza, capricho, orgullo. Y si uno no puede reírse un poco de sí mismo, que es lo que siempre se sugiere, la vida se vuelve demasiado pesada. Reconocer con una sonrisa que "sabía que tenía que hacer esto, pero igual hice lo otro" es el primer paso para cambiar. **La obediencia no necesita solemnidad exagerada; necesita honestidad.** Desde una mirada espiritual más profunda, la obediencia se conecta con la idea de escuchar. De hecho, en su raíz más antigua, obedecer está relacionado con oír atentamente. No es solo cumplir, sino prestar atención. Esto implica desarrollar una sensibilidad interior, una capacidad de percibir aquello que orienta hacia la vida. En el lenguaje del Evangelio, esto se vincula con la voz de Dios, no como un sonido audible necesariamente, sino como una convicción interna que guía hacia el bien. Esa guía, sin embargo, no siempre coincide con lo más fácil o lo más cómodo. Muchas veces la obediencia implica renuncia: dejar de lado un impulso, una ventaja inmediata, una reacción automática. Pero lejos de ser una pérdida, esa renuncia abre espacio para algo más profundo. Es como podar una planta: se quitan ciertas ramas para que el crecimiento sea más sano. En términos ideológicos, es importante mantener un equilibrio. La obediencia no debe ser utilizada como herramienta de control ni como excusa para evitar el pensamiento crítico. Tampoco debe ser descartada por completo en nombre de una libertad mal entendida. Entre el autoritarismo y el individualismo extremo hay un camino intermedio donde la obediencia se convierte en colaboración consciente con principios que trascienden al individuo.
En la vida comunitaria, esto se traduce en algo muy concreto: la capacidad de respetar acuerdos, de cumplir compromisos, de actuar con responsabilidad. **Una sociedad donde nadie cumple lo que promete se vuelve inviable.** En cambio, cuando las personas practican una obediencia basada en la integridad, se genera confianza, y la confianza es uno de los recursos más valiosos que existen. Volviendo al corazón del Evangelio del Reino, la obediencia no es un fin en sí mismo, sino un medio para vivir de acuerdo a un propósito mayor. No se trata de acumular méritos ni de cumplir normas para sentirse superior. Se trata de alinearse con una forma de vida que promueve la justicia, la misericordia y la verdad. En ese sentido, la obediencia es profundamente humana: no nos aleja de nuestra esencia, nos acerca a ella. También es importante reconocer que la obediencia es un proceso, no un estado perfecto. Nadie obedece siempre, en todo momento, sin fallar. Y está bien que así sea. El crecimiento ocurre precisamente en ese ir y venir, en ese aprender de los errores, en ese volver a intentarlo. **La constancia vale más que la perfección.** Un aspecto clave es la motivación. La obediencia basada en el miedo tiende a ser frágil y superficial. En cambio, la obediencia que nace del amor y la convicción tiene raíces más profundas. Cuando una persona comprende que ciertos principios están orientados a su bienestar y al de los demás, obedecer deja de ser una obligación y se convierte en una elección natural. En este punto, conviene hacer una distinción sutil pero importante: no todo lo que se presenta como "correcto" lo es realmente. Por eso, **la obediencia requiere discernimiento.** No basta con seguir; hay que evaluar. Y esa evaluación no se hace en el vacío, sino a la luz de valores que han demostrado ser sólidos: la dignidad humana, la justicia, la verdad, el amor al prójimo. En la práctica, esto puede significar decisiones difíciles. Decir la verdad cuando sería más conveniente mentir. Actuar con integridad cuando nadie está mirando. Elegir el bien común por encima del beneficio personal inmediato. Son decisiones que no siempre reciben aplausos, pero que construyen una vida con sentido. Finalmente, la obediencia, entendida en su profundidad, no es una cadena que limita, sino una dirección que orienta. Es como seguir una brújula en medio de un bosque: no te obliga a caminar, pero te muestra hacia dónde ir si quieres encontrar el camino correcto. Y en

un mundo lleno de voces contradictorias, tener una brújula confiable no es poca cosa. Así, la obediencia deja de ser una palabra pesada para convertirse en una práctica viva. Una práctica que se construye día a día, en decisiones pequeñas y grandes, en momentos visibles y ocultos. Una práctica que no busca imponer, sino sostener. Que no pretende dominar, sino guiar. Y que, en última instancia, apunta a algo profundamente humano: vivir de manera coherente con aquello que reconocemos como verdadero y bueno. Porque, al final, la pregunta no es si vamos a obedecer o no. Siempre obedecemos a algo: a nuestros impulsos, a nuestras emociones, a las presiones externas o a nuestras convicciones más profundas. La verdadera cuestión es elegir conscientemente a qué voz le damos ese lugar.**Y en esa elección, silenciosa pero constante, se juega gran parte del sentido de nuestra vida.**

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments